

RELIGIOSOS EN UNA SOCIEDAD SECULARIZADA

El cuatro de abril de 2012 falleció en Málaga Carlos García Hirschfeld, jesuita que dedicó su vida en Granada a trabajar dando ejercicios espirituales, acompañando a universitarios desde la pastoral y estando siempre presente en el Centro Universitario Francisco Suárez, al que dedicó gran parte de su labor. Carlos, además de todo esto, fue una persona con gran inquietud intelectual y nunca dejó de reflexionar sobre el papel que deben tener los cristianos en el mundo de hoy. Entre los recuerdos que nos ha dejado, hemos encontrado este artículo sobre la vida religiosa que escribió a partir de una conferencia que escuchó en el Centro Suárez de Granada. El texto tiene mucho de reflexión personal y de testimonio biográfico.

Proyección LX (2013) 143-152

Introducción

He leído detenidamente el libro de Juan Antonio Estrada *Religiosos en una sociedad secularizada*, y estuve en la presentación que el autor hizo de su libro en una conferencia en el Centro Universitario Francisco Suárez, siguiendo con atención el desafío que el autor planteó a los religiosos y religiosas y las preguntas que en su intervención nos dejó sobre la mesa. El subtítulo del libro, "Por un cambio de modelo", nos planteaba la exigencia de encontrarle sentido a la Vida Religiosa (VR, en adelante) en beneficio de la Iglesia y de la sociedad, como una vida de servicio al pueblo de Dios, donde los laicos necesitan ser ubicados como una realidad y una fuerza que ha sido mal gestionada.

El libro de J. A. Estrada hace pensar. Hace pensar en la VR: en su evolución y en su estancamiento, en las dificultades en las que se ha visto envuelta, en lo maltratada que se ha visto la Iglesia, en cómo esto ha influido negativamente en la VR y en la vida de cada uno de los religiosos y religiosas que tenemos el libro en nuestras manos y podemos recordar nuestro itinerario personal y evaluar nuestra tarea actual y pasada, y si hemos sobrevivido sin perder -o perdiendo- lo que en el libro de J. A. Estrada reiteradamente se llama "sentido de la vida".

Necesito pensar en la VR, porque a ella he dedicado mi vida. Creo que he sido una persona con los ojos abiertos a una sociedad voraz que nos ha desafiado y maltratado insistentemente. Pertenezco a

una generación que esperó la llegada del Vaticano II, que leyó los primeros libros que venían traducidos de Alemania, Bélgica, Francia y Holanda, que luchó para que los documentos del Concilio fueran leídos y entendidos, que sufrió con los progresivos parones que sucesivamente se iban asentando en la Iglesia, que sufrió con la *Humanae Vitae*, en julio de 1968, y que se vio dentro de la convulsión cultural y religiosa de Mayo del 68 y de todas sus secuelas. En esos años mi trabajo consistía en dirigir un Colegio Mayor Universitario. No se podía estar más cerca de lo que fue la convulsión cultural, política y religiosa de más envergadura del siglo pasado, tres años después de acabado el Concilio Vaticano II. Con todo esto no acumulo méritos para mi biografía, sino que resalto que pertenezco a una generación para la que las cosas no resultaron precisamente fáciles.

En lo que es mi vida actual, y después de llevar más de cuarenta años en Granada, sin haber vivido en otros espacios, echo de menos precisamente no haberme movido. He intentado asomarme críticamente a la realidad social y religiosa que me ha tocado vivir, me he preguntado de parte de quién hablo, con quiénes he hablado o he luchado. Esto me llevaría a verme en ese movimiento al que hace alusión J. A. Estrada, "pasar del centro a la periferia". Yo he vivido prácticamente siempre en el centro urbano y cultural. A ojos de muchos seguramente he sido una per-

sona "bien colocada". A estas alturas hubiera preferido estar más en misión, haber tocado otras realidades distintas, por ejemplo la de los pobres; y haberme sentido evangelizado por ellos. A mi edad, y después de estar tan asentado en el centro urbano y cultural, me siento llamado a un reciclaje.

Fe en tiempo de crisis

Hemos atravesado y estamos dentro de un "tiempo de invierno". La frase no es de Rahner. De él sí fue decir que nuestra fe cristiana como la Iglesia estaban hibernadas; o al menos ésa es la impresión que causa en nuestro mundo occidental. Libros como el de Medard Kehl, *¿Adónde va la Iglesia?*, o el de José M^a Mardones, *¿Adónde va la religión?*, o el de Juan Martín Velasco, *El malestar religioso de nuestra cultura*, hacen pensar y preguntarnos de muchas maneras si hay o no alternativas a ese derroche de números negativos que arrojan las estadísticas sobre nuestras Iglesias. Y ahí es donde Rahner se detiene y viene a decirnos que la secularización de la sociedad y un tipo de cultura que nos desborda han creado en nuestros países una cultura de la ausencia de Dios. La Iglesia pierde adeptos, sobre todo en las generaciones jóvenes. Decrece el número de practicantes, disminuyen las vocaciones al ministerio ordenado y a la VR. Todo ello, escandalosamente aireado por los medios de comu-

nicación social, erosiona la credibilidad de la Iglesia y deteriora y disipa el capital de autoridad moral trabajosamente acumulado a lo largo de la historia. La mediocridad de la vida teologal de los que nos llamamos creyentes y el pobre testimonio de nuestras vidas hacen más densas las nieblas que vienen imponiendo ese eclipse cultural de Dios, del que Rahner habla y que J. A. Estrada pone descarnadamente ante nosotros en su libro. Si el Señor volviese ahora "¿encontraría fe en nuestra tierra?"

Es importante abrir bien los ojos y no querer ignorar esta realidad. De un lado, está el mundo de nuestra cultura, el mundo de la universidad, el mundo del trabajo, el mundo de la juventud, el mundo de la familia; y, del otro, el mundo al que desearíamos llegar a la hora de transmitir nuestra fe, sintiéndonos en comunión con una Iglesia maltratada en todas las encuestas. Una realidad que seguramente está muy lejos de nuestros deseos actuales y de la realidad que muchos, por diferentes causas, añoran. La gente no echa de menos a Dios; está cómoda sin Él. La increencia es una realidad y todos, muchas veces, nos vemos dentro de esas salpicaduras de ateísmo.

Dentro de este cristianismo apático y a la defensiva, dentro de esta sociedad secularizada, la VR se ve escasa de horizontes, sin recursos, seria y enormemente deva-luada. ¿Qué papel queda a la VR en este invierno? ¿Qué futuro es el nuestro? ¿Podemos ser misión

abierta al futuro? ¿Cómo hacernos presentes a este mundo tan distante?

Necesitamos mirar a este mundo con simpatía

Necesitamos hacernos cargo de esta situación y preocuparnos por romper el círculo ideológico en el que estamos encerrados. Necesitamos mirar a este mundo con simpatía: San Ignacio enseña a mirar este mundo con la mirada de Dios, este mundo tiene que ver con nosotros, o mejor, nosotros con él, no somos ajenos a él; ahí, en esta sociedad necesitamos ser mensajeros humildes del evangelio con una fe dialogante y modesta; ser conscientes de que no venimos a responder a necesidades explícitamente demandadas por nadie, sino a descubrir y a crearlas y, sólo después, a responderlas y, si llega el caso, a acompañarlas. En todo tiempo parecen posibles nuevas formas de asociación comunitaria. En ese ámbito se esconde "la genuina virulencia de lo religioso" (Álvarez Bolado), algo que estuvo de manera explícita en los comienzos de la VR, algo que no se deja echar fuera ni sustituir por todos los éxitos de la modernidad.

Esto presupone trabajar para ir construyendo grupos pequeños y convencidos, no cerrados, abiertos al diálogo y en comunión diáfana, y siempre al servicio de una misión, con la conciencia de que vivir así nos devolverá todo el senti-

do de la vida y tener una misión abierta al futuro. En medio de esta sociedad, porque somos hijos de ella y ni podemos ni debemos exiliarnos de ella. Y en las afueras de ella, porque es allí donde se experimenta el desabrimiento y la inclemencia, pero también la compañía del Dios en quien creemos, Dios creador que nos forja en el desierto, Dios Señor de la vida y de la muerte, Dios presente siempre que se nos comunica y nos envía. En esas afueras hay que aguantar hasta perder la falsa ingenuidad y la engañosa y malsana satisfacción de esta sociedad secularizada.

¿Servimos todavía para algo?

Frente a lo que se ha llamado "situación abrahámica", "yo me voy, pero mis herederos no llegan", crisis de los superiores religiosos y de las asambleas, consejos y capítulos generales de muchas congregaciones... la pregunta de si tenemos futuro, si todavía servimos para algo, reclama una respuesta resuelta y firme: deseamos servir a la Iglesia y a la sociedad y a esta gente concreta que se nos acerca o a la que nos acercamos. Deseamos salir de nosotros mismos, y necesitamos hacerlo con un mensaje pascual, un mensaje de vida. Porque entendemos la VR como portadora de una profecía cultural, algo inherente a la práctica del seguimiento. Ahí, en ese ámbito reside "la genuina virulencia de lo religioso". Y a la pregunta de para

qué estamos en la Iglesia, debemos responder a partir de nuestras funciones, recuperando modelos productivos, para el mundo, para esta sociedad y para la Iglesia, inyectando vida a la comunidad de bienes y corazones en la que vivimos, llevando adelante una confesión testimonial de Dios, experimentado y vivido como Señor y Padre, símbolo transformador y Salvador; confesión testimonial de la causa de Jesús, el Reino, que tanto tiene que ver con las bienaventuranzas y con el destino de los más pequeños.

Esta vida encarna lo que J. B. Metz ha calificado como "recuerdos peligrosos", "aquellos que extraídos del pasado los situamos en el presente, cuestionando las tendencias, con las que nos hemos familiarizado; y que son peligrosos porque cuestionan y resultan salvadores porque, al contradecir, nos ponen en otros caminos posibles". Estos recuerdos peligrosos, de los que algunos pueden estar todavía por descubrir, son la gratuidad, la participación, como alternativa a las conductas de poder, la compasión con todo sufrimiento y la esperanza... Seremos entonces "misión abierta al futuro".

A estas alturas no sé si me he situado para pensar en "un nuevo modelo" de VR, del que habla J. A. Estrada. Comparto con el autor lo lejos que estoy, como sacerdote de una orden religiosa, de aquel ideal del monacato -laicos al servicio del pueblo de Dios- que estuvo en el origen de la VR. Y ni siquiera sé si hoy sabríamos situarnos "fran-

ciscanamente" en una nueva trayectoria que sirviera para un cambio de modelo.

Nuevo modelo de VR

Me siento llamado a detenerme finalmente en lo que ha sido mi vida como religioso preocupado por servir a la gente y a la Iglesia. Y vuelvo a las palabras de Rahner: "para vosotros, los jesuitas, la principal tarea ha de ser la de dar Ejercicios". Si, a partir de aquí, sé esbozar o definir lo que puede ser un "nuevo modelo de VR", tanto mejor. En cualquier caso, las obras de Rahner, su lectura y la reflexión a la que me ha llevado y la necesidad de traducir todo esto especialmente para la gente joven, de la que me veía constantemente asediado, me han familiarizado con planteamientos, ideas y respuestas, buscando siempre "esa ayuda mistagógica destinada a que los demás no rechacen la inmediatez de Dios, sino que la experimenten y la asuman claramente".

Aquí están formulados demasiados conceptos, a los que he dado demasiadas vueltas, en demasiados años: ayuda mistagógica, experiencia e inmediatez de Dios, como principal tarea. Dar Ejercicios no ha sido simplemente el tiempo que me ha ocupado, sino el hecho de haberme visto transversalmente invadido por ellos: "la principal tarea ha de ser dar Ejercicios". Esto ha marcado una manera de estudiar, de clarificar, de

traducir y de acompañar una experiencia que desembocara en lucidez para tomar decisiones y en aprendizaje "para en alguna manera sentir y conocer las varias mociones que en el ánimo se sienten" [EE 313]. Porque todo este trabajo no era solo el que pudiera beneficiar a otros, sino el acuciante ejercicio espiritual de comprobar en mí mismo que lo que yo hacía o redundaba en experiencia personal o sería como dar puñetazos en el aire, sin beneficio para nadie.

Los Ejercicios han ocupado centralmente mi vida. He escrito sobre Ejercicios, he dado cursos durante más de veinte años seguidos en la Facultad de Teología de Granada, me he paseado por media España hablando de los Ejercicios o dándolos, en todas las formas, a toda clase de público, he sido durante más de quince años miembro del Consejo de Redacción de la Revista Manresa (Revista de Espiritualidad Ignaciana), en esos años se puso en marcha la Colección MANRESA, he colaborado en la edición del Diccionario de Espiritualidad Ignaciana. Esto es lo que quiero decir cuando afirmo que los "Ejercicios han ocupado centralmente mi vida", algo en lo que he encontrado permanentemente un sentido para *mi* vida personal y seguramente también otros habrán encontrado algo sustantivo para sus vidas.

Para mí esta tarea ha constituido un reciclaje permanente que ha ocupado transversalmente mi vida toda. Algo que me ha exigido una

persistente preocupación, una reiterada preparación y que ha reclamado una búsqueda y un replanteamiento de lo que he llamado, y así hablo de ello, como "experiencias fundantes". La primera de ellas es para mí el Principio y Fundamento de los EE, "el hombre es creado, amado, elegido, nacido de Dios" (EE 23): Dios, como algo vivo, experiencia continua de creación, de una mano que se posa sobre nuestra cabeza y nos hace mirar con confianza más allá de nosotros.

Necesito releer muchas veces los textos de Rahner para acertar en traducirlos para otros, tan necesitados como yo de esa experiencia de Principio y Fundamento: "comunicar a los hombres algo acerca de Dios que le hiciera recuperar la libertad integrándola dentro de la libertad de Dios..., porque me había encontrado directamente con Dios y debía participar a los demás en la medida de lo posible dicha experiencia". Experiencia en la que necesita uno apoyarse. Se trata de un punto clave para la vida: "el Dios vivo y verdadero". El que a esa experiencia se la llamas "mística" o de cualquier otro modo es algo que en este momento me resulta irrelevante. Contar con esta experiencia y con que es Dios quien se aproxima con su gracia, y aprender a no confundirlo con ninguna otra cosa..., entra dentro de lo que significa dedicarse a este tema de los EE durante toda la vida.

Hay un segundo paso funda-

mental. Tampoco me inventé yo calificar a este paso como un "segundo fundamento". Pertenece a lo más antiguo de los estudiosos de los EE: Juan Alfonso de Polanco, secretario de San Ignacio, es el autor de uno de los Directorios más antiguos, donde llamó "fundamento de todo lo que sigue" a la meditación del Reino. El Reino es el proyecto de Dios del que sabemos por Jesucristo, el Señor. En los EE este fundamento clarifica el futuro específico de lo que es la vocación a la VR en la Compañía. Jesucristo, Salvador, a quien se puede amar, con quien se puede hablar. El encuentro con la palabra es un momento privilegiado de la experiencia religiosa. Este diálogo no es una estética sino un espacio para el compromiso de servicio al Reino. Todo esto dicho de pronto puede parecer un mero discurso. Pero no: es el asiento de un proceso personal que se va haciendo más y más personal y compromete. *Magis*, dirá a esto San Ignacio y tendrá que decirlo cada uno.

Aún existe un "tercer fundamento", así lo llamó el padre Peter Hans Kolvenbach, Prepósito General de la Compañía de Jesús de 1983 a 2008. Se trata de la manera como cada uno asume el misterio. El misterio está íntimamente trabado en lo que constituye el seguimiento. En el texto de los EE aparece con una expresión muy significativa "los trabajos" del Señor, en la meditación del Reino, que es a lo que el Rey invita y a lo que responden "los que más se que-

rrán afectar y señalar en todo servicio".

Rahner dice que Jesús se tragó la pasión dos veces, una al instituir la Eucaristía y otra al morir. Este "trago" (Mc 10,38-39) constituye el misterio, el trabajo del Señor. Pero ¿cuándo se traga cada uno su pasión? Es algo no programable por nadie, pero algo que está dentro de la dinámica del seguimiento. En el lenguaje ignaciano está en el tercer grado de humildad, donde a veces la vida sorprendentemente nos lleva. Entonces, dice Rahner, "Dios me ha concedido la gracia del tercer grado, que no es una opción sino una constatación". Es nuestro gran trabajo, nuestra pasión, nuestro misterio. Y cada uno lo sabrá vivir a su manera. A veces nos puede parecer monstruoso, pero ahí nos espera Dios, no sabemos por qué, pero siempre compasivamente. A esto hemos podido dedicar nuestra vida. Acompañar este tercer fundamento, ir acompañando este itinerario de tres fundamentos en los que inscribirse; esta es una tarea cansada, pero apasionante. Dar, estudiar, traducir, acompañar ejercicios es una sólida tarea.

La otra tarea ha sido acompañar a los jóvenes

Prácticamente la casi totalidad de los últimos cuarenta y dos años la he pasado entre jóvenes universitarios. En diversas funciones y responsabilidades, mi vida ha con-

sistido en acompañar la vida, el pensamiento, las reacciones, el sobresalto que lleva consigo ese acompañamiento. Éste era y sigue siendo un trabajo que comportaba una gimnasia mental no pequeña y un cuestionamiento ante realidades que se iban presentando y para la que hacía falta buscar respuestas casi a diario. A estos jóvenes traté de imbuir una actitud crítica como talante vital, como jóvenes en una Iglesia que los necesita y como cristianos, cuyo estilo y manera de actuar beneficiarían a la universidad. El trato y el contacto permanente con estas personas me ha beneficiado, tanto, que sin ellos yo sería hoy otra persona. Descifrar puntualmente aspectos de mi vida como religioso podría parecer petulante y, desde luego, no es eso lo que quiero transmitir. Vivir la mística de la transitoriedad con ellos y conmigo mismo, me ha ayudado a tener una visión más amable y más generosa de las cosas.

Algunos jóvenes, me gusta pensarlo así, han envejecido conmigo. A otros muchos los he perdido de vista. Pero he estado muy cerca de ellos: de su fragilidad, de su pobreza, como así mismo de sus preguntas e inquietudes. Ellos, los jóvenes, llevaron adelante la Delegación de Pastoral Universitaria de Granada, gestionaron y pusieron en marcha el Servicio de Orientación y Acogida Universitaria (SOA) y crearon la Asociación Cultural Karl Rahner, como manera de hacerse presentes como

laicos en una sociedad tan secularizada.

Otra Iglesia es posible

Con estas líneas, ya tan abultadas, yo no quiero contarle mi vida a nadie. Pero sí resaltar que todo esto es lo que le ha dado sentido a mi VR. Lo cual es importante. Porque me ha hecho mirar a un mundo tan necesitado de ayuda y me he dejado envolver en un lenguaje, en un discurso y en una mística que me ha forzado a salir de mí mismo y a mirar y remirar este mundo y a no sentirme nunca instalado en un espacio cómodo y aburguesado. Este itinerario lo he recorrido junto a unos jóvenes, un grupo de laicos que no se resignaban nunca al proceso de progresiva irrelevancia cultural en el que se encuentra inmerso el cristianismo en Europa. Este grupo de jóvenes universitarios anduvieron siempre preocupados por cómo ser cristianos en la universidad y universitarios en la Iglesia. Se creó así, un espacio para preguntarse con otros sobre la realidad de la situación de la gente, atentos siempre a las necesidades y ritmos de las personas y en un clima abierto al diálogo fecultura-justicia, donde se buscaba dialogar con la increencia y con el increyente que llevamos dentro. Un lugar marcado por un estilo crítico desde la espiritualidad ignaciana, que flotaba en el ambiente, pero que nunca fue un programa encubierto, ni nunca se pidió el

"carnet de cristiano" a nadie. Un lugar pensado para el encuentro con otros y el acompañamiento, donde el único requisito fuese el respeto, la tolerancia y el espíritu crítico.

Con motivo del 25º aniversario de la fundación del SOA celebramos un encuentro para dar un impulso al proyecto de 1981. Porque aunque las personas y los contextos culturales cambian, las grandes preguntas permanecen aunque se formulen de manera distinta. Por ese motivo, cansados del pobre papel en el que se sitúa o se le sitúa a la Iglesia, decidimos que ese bagaje debía tener su lugar en la plaza pública, laica, cosmopolita y global. Debía trascender lo eclesial y permitir que otros pudieran identificarse con un cristianismo crítico, ilustrado y ciudadano, abierto al mundo, no atrincherado en posiciones con mucho pasado, pobre presente y escaso futuro.

Pensamos que el enorme caudal de tradición cristiana puede y debe ser más y mejor gestionado para, dentro de la cultura moderna, fortalecer las mejores tendencias de la persona humana y de la sociedad, y denunciar las peores. Pensamos y sentimos que tenemos cosas que decir. Nos duele que por "méritos" propios, la Iglesia sea percibida como una institución temerosa y anquilosada, de posiciones excluyentes, aliada con la derecha política, celosa guardadora de dogmas, regañona y vigilante de preceptos morales rígidos. Nos duele que, desde dentro, la Iglesia

"centrifugue" a tantos cristianos que querrían seguir siéndolo. En definitiva, "nos duele la Iglesia" porque parece que cada vez pesan más esos aspectos que los genuinamente evangélicos.

Defendemos una Iglesia acogedora, crítica desde el Evangelio, colegial y en abierto diálogo con el mundo. Con unas estructuras al servicio de las personas útiles, ágiles, eficaces, participativas y democráticas. Para eso nos preguntamos qué podemos aportar los cristianos a la cultura y al debate público actual. Creemos que no se trata de hacer pasar por el aro de una ética teológica a la sociedad civil, sino más bien de ser levadura, sal y luz del mundo. El Evangelio no habla de imposiciones, pero sí de influir, de posicionarse.

Por todo esto, queremos en primer lugar realizar una apuesta por "los últimos", que es ajena a la racionalidad económica y, con mucha frecuencia, política y social en la que vivimos. Deberíamos ser capaces de generar nuevas actitudes, nuevos valores, nuevos discursos y nuevas prácticas. Sin esta apuesta, sería imposible entender la posibilidad de un cristianismo encarnado. Además queremos contribuir a crear una ética civil de carácter laico, asentada en valores comunes que facilite el entendimiento con los diferentes. Esta ética no puede ser ajena a una defensa de los derechos humanos, en especial de los más desfavorecidos, ni a la reivindicación de más democracia, ni a la búsqueda de un orden interna-

cional justo, ni al apoyo a políticas audaces de solidaridad. Nos preocupa una ética discursiva desde el debate y el consenso y que sea capaz de fomentar las virtudes públicas y de cuidar las fuentes de los valores.

Trabajamos y trabajaremos por un nuevo concepto de razón y de identidad del ser humano, una racionalidad abierta al espíritu y a la corporalidad, al diálogo y a la experiencia religiosa genuina, crítica de todo aquello que esclaviza al ser humano. Una razón consciente de sus limitaciones y por tanto en autocrítica. En cuestiones bioéticas y de moral personal deberíamos liderar el discurso y no intentar controlarlo o frenarlo. Proponer una visión del ser humano como un ser en camino, abierto a la trascendencia, en equilibrio con otros y con la naturaleza. Nos sentimos capaces de fomentar actitudes de una "reconciliación" que sea capaz de acercarnos a la paz, una ecología de la paz y de la reconciliación, en solidaridad con la tierra y las generaciones futuras. Por último, queremos ayudar modestamente a que el hombre de hoy siga invitado a hacerse la pregunta que Jesucristo propuso a los suyos: "Y vosotros ¿quién creéis que soy yo?". A partir de aquí, queremos pensar que otra Iglesia es posible.

Y de los laicos ¿qué?

J. A. Estrada llama la atención sobre las dos maneras de darse a

conocer la VR: como vida consagrada y como vida de perfección. A mí, personalmente, me cuesta asimilarlas y me muevo con ellas con dificultad. Primero porque entiendo que la *consagración* nos la da el bautismo: consagrados, santos, elegidos, amados de Dios. Con el concepto de *vida consagrada* nos movemos a gusto los religiosos, bien arropados e instalados dentro de la institución. Pero sabemos que pisamos un terreno resbaladizo. Se trata de un concepto bien asentado en los diccionarios de la VR o dentro del Código de Derecho Canónico. Teológica y bíblicamente debiéramos recordar a Pablo: consagrados, santos, elegidos somos todos los que hemos recibido la unción del bautismo. Y no nos creemos mejores, ni mucho menos, los mejores o los perfectos por el hecho de haber emitido unos votos. Sí que los hemos emitido, pero esto lo que lleva consigo es una exigencia a la hora de entender una manera de vivir. La VR es una forma peculiar de vida eclesial; una manera de vivir la vida de fe, de esperanza y de caridad en comunión con otros que han optado por una misma manera de vivir.

A la hora de hablar de *vida de perfección* hemos elaborado un ideal narcisista, que nos hace pensar otra vez que somos los mejores o mejores que los otros. Dinámica de la perfección que nos hace situarnos por encima de los demás, por supuesto de los seglares. Sin embargo, el carisma de la VR no

nos puede separar de los laicos. Ya lo hemos indicado anteriormente: no fue así al principio y tendríamos que hacer un esfuerzo por resituarnos a los laicos en su espacio y a nosotros ahí, con ellos. Cuanto más cerca nos sentimos de ellos más y más sentido tendrá la apuesta que hacemos por Dios y por el Evangelio, al servicio de la sociedad y de la Iglesia.

Hay un desafío permanente que proviene de la misión que se nos confía. Misión abierta al futuro en este mundo. Necesitamos ser personas muy libres, muy conscientes del papel que como religiosos necesitamos ocupar. Son los votos los que pueden, con su carga simbólica, interpelarnos existencialmente, llevarnos a preguntas fundamentales: ¿qué sitio ocupamos, al servicio de quién estamos? ¿Dónde ponemos nuestras referencias? ¿Qué lugar ocupa Dios en estas preguntas? ¿Qué lugar ocupan los hombres y mujeres de nuestro entorno? Hemos sido en la historia de la Iglesia un movimiento carismático y profético. Fácilmente hemos tendido a institucionalizar el carisma. Los votos nos exigen desde dentro ser conscientes de que hay cosas que se hacen por Dios y hay cosas que únicamente tienen sentido cuando únicamente se hacen por Dios. En esta línea hay que encontrar el valor y el peso permanente de los votos religiosos.

Es, entonces, cuando podemos preguntarnos por nuestra espiritualidad. La VR se ha visto muy zarandeada por lo que hemos lla-

mado secularización. Una realidad cultural que nos ha llevado a un desierto sin horizontes, sin futuro, poblado de demonios que necesitamos exorcizar y hacer de un lugar inhóspito un espacio habitable, de comunión y de solidaridad, de luz para nosotros y para otros; un espacio donde sea posible una transformación, movida por una espiritualidad que nos asista y nos

envíe. Que construya comunidades, signo fundamental para la VR, lugares de encuentro para los religiosos y los laicos; lugares diferentes de los que encontramos en la ciudad. Viviendo un proyecto, una misión que nos haga encontrar sitio y sentido en la Iglesia y en la sociedad, servir al pueblo de Dios, a los laicos. Sin connotaciones perfeccionistas ni voluntaristas.

Condensó: JOSEP ANTONI GARÍ

“Para hacer un balance del Concilio sería menester escribir un libro aparte, por no mencionar que el intentarlo parecería un tanto prematuro. Tal balance debería discurrir sobre los resultados escritos, lo mismo que los no escritos, del Concilio y cotejarlos con la expectación y las esperanzas como también con los verdaderos fines, posibilidades y tareas del Concilio y de la Iglesia en nuestro tiempo. Debería considerar, sobre todo, que el Concilio no quiso en lo esencial más que trazar las grandes líneas, mientras que la aplicación práctica ha de venir en forma de “directorios”, quedando, en parte, reservada a las conferencias episcopales”. (p.117)

J. RATZINGER, *La Iglesia en el mundo de hoy*, Buenos Aires 1966